

Clara Voghan

*Elegir
al mentiroso*

edición digital



© Clara Voghan, 2008

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados.

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO II

—¿Qué haces tú aquí?!

Bruno Ríos pegó un salto.

—¡Ezequiel! ¡¿Quieres matarme de un infarto?!

—¿Qué mierda haces aquí?

—No te vuelvas paranoico... Estaba buscando la denuncia del caso IBM-Banco Nación. Estoy armando una nota sobre grandes casos de corrupción en el país, y quería ejemplificarlo con...

—¡Olvidalo!

—Tengo la nota casi armada, y...

—¡Olvidalo!

—¿En qué andas, Cárdenas? Desde que soy editor en jefe de tu revista, jamás interferiste en mi trabajo. Aún cuando opináramos diametralmente distinto, nunca...

—Siempre hay una primera vez. No quiero que hostigues al gobierno y...

—¿Hostigarlo, yo? ¿Acaso no eres tú el que está preparando la nota sobre los sobrepagos en...?

—¡No mezcles las cosas! —lo interrumpió—. ¡¿Pero, qué ocurre?! ¿Ahora todos mis empleados van a rebelarse, y a hacer lo que quieren?

—¿Todos tus empleados?... ¿Quién más se te está rebelando? —preguntó Bruno con suspicacia.

—Alguien que no conoces. Pero no importa. Lee esto.

Bruno observó el papel que su jefe le alargaba.

—¿No es el artículo que me mostraste el otro día? —se extrañó—. Ya te dije que estaba bien.

—Tiene algunas correcciones.

—¿Corregiste tu propia nota?

—Yo no fui.

Bruno tomó el papel, y comenzó a leerlo con curiosidad.

—¿Y quién corrigió esto? —preguntó al fin, divertido.

—No importa. ¿Qué te parece?

—Alguien de la redacción seguro que no fue —insistió el otro—. Aquí todos te tienen miedo.

Cárdenas lo miró sin ocultar su ironía, y su empleado se corrigió.

—¡Está bien! Te “tenemos” miedo... ¿Quién fue?

—Eso no importa. ¿Qué te parecen las correcciones?

—Brillantes. Quien haya sido, es incluso más malvado que tú.

—En periodismo eso se llama ser “incisivo”. Y, por cierto, deberías probarlo.

—Lo lamento, pero ya tengo suficientes enemigos sin necesidad de buscarme más. Y, por lo que veo, para “incisivo” el tipo de las correcciones te alcanza y sobra.

Cárdenas volvió a tomar el papel, sin ocultar su satisfacción.

—Necesito algo de ti, Bruno, pero quiero que quede entre nosotros. Y sobre todo que no se entere Guido.

—¿No confías en Guido?

—No confío en Guido cuando hay una mujer de por medio.

—¡Y lo bien que haces!

* * *

¡Guido Méndez!

¿Qué hacía Guido Méndez en casa de Cárdenas, a una hora en la cual su jefe nunca solía estar? ¿Qué cosa se le habría perdido a semejante galán por allí?

Desde el gimnasio, Paula tardó cinco segundos en activar el portero eléctrico que le permitía comunicarse cara a cara con su visita, (a pesar de estar separados por muchos pisos de distancia) Pero le bastaron apenas tres, para efectuar todo tipo de conjeturas respecto a la inesperada presencia del bello conductor televisivo en la casa.

Imposible que Méndez ignorara la ausencia de Cárdenas, ya que era obligación de la vigilancia informárselo. Y si lo que traía era un paquete, por más confidencial que fuera, por cuestiones de seguridad interna del edificio necesariamente lo retenían en la portería. ¿Para qué subir entonces? A menos que...

¡No! Era una locura. Era imposible que un tipo como Guido Méndez se interesara en ella. Esas cosas no ocurrían en la vida real, (y mucho menos en la suya, que más se asimilaba a una tragedia, que a una novela romántica)

—Buenos días, señor Guido —recitó la muchacha ante la cámara, con la mejor de sus sonrisas—. El señor Cárdenas no está.

—Llegué hasta aquí sin darme cuenta que era tan tarde, y cuando miré el reloj, ya había tocado el timbre —se excusó él.

Mentira uno. Eso era imposible.

—¿Quiere que llame al señor Cárdenas a su celular, para avisarle que usted está aquí? —se ofreció la muchacha con fingida inocencia.

—¡No! —se espantó aquel galán que ahora parecía un tanto confundido—. A él no le gusta que lo molesten por tonterías.

Mentira dos. A Cárdenas le encantaba tener el control de todo. Incluso de las tonterías.

Por un segundo Paula y su visita se miraron en silencio a través del monitor.

—¿Puedo ayudarlo de alguna forma?

—Bueno... —comenzó a decir aquel galán, con una de esas sonrisas encantadoras que usaba en la tele—, ya que estoy aquí, y para que el viaje no sea tan inútil, podrías invitarme con uno de esos deliciosos cafés que tú preparas. Todavía no desayuné.

Paula le devolvió una sonrisa tan falsa como la de la locutora del noticiero de la madrugada.

La pobre muchacha tenía un problema cuando se trataba de hombres: solía pensar mucho más rápido que la mayoría de ellos. Así que, en el rato que le llevaba al galán de turno elaborar su táctica de conquista, ella, tan veloz como desconfiada, ya había confeccionado un sinnúmero de teorías acerca de las verdaderas intenciones del tipo que tenía enfrente. Y Guido, a pesar de ser mucho más buen mozo que los demás, no era una excepción en cuanto a su torpeza.

—Con todo gusto le serviré su café, señor Méndez. Pero deberá tomarlo solo, porque yo estoy preparando un

informe para el señor Cárdenas, y quedé que iba a enviárselo en veinte minutos.

Mentira uno.

—¿Un informe? ¿Le haces informes?

—Es su nueva forma de mantenerme ocupada.

Pero Guido no iba a rendirse tan fácil.

—Puedo ayudarte, si quieres. Así terminaríamos rápido, y nos sobraría tiempo para charlar.

“¡Claro! ¡Charlar!”, pensó Paula. Como si un fulano como aquel, que cobraba por hablar, estuviera dispuesto a hacerlo gratis con alguien como ella. ¡Mentira tres!

—¡Me encantaría! De hecho, podríamos reunirnos cualquier tarde de estas para conversar. (Mentira dos) Pero ahora las cámaras están encendidas, y...

—Podríamos apagarlas...

—Jamás apago las cámaras (Mentira tres. ¡Empate!). Le agradezco su ofrecimiento, pero, como ve, no puedo aceptarlo. Aunque, si todavía no desayunó, en el cafecito que está a su izquierda sirven muy bien.

Lo previsto. Ante su negativa, aquel galán profesional se deshizo frente a sus ojos, como cualquier otro macho en celo, común y corriente.

¡Hombres!

* * *

¡Un hombre!

¡Mierda! ¡Más que mierda!

¡Era la última vez que iba a hacer una nota sin corroborar primero la identidad del entrevistado!

Desde que trabajaba para la maldita editorial Perfiles, Juan Pablo se había tenido que resignar a que siempre le tocaran las notas que se usaban para promocionar a estrellitas tan ignotas como ascendentes, y que se cobraban a precio de oro. Hacer un artículo interesante sobre señoritas cuyos mayores logros merecían la clasificación de “triple equis”, era un verdadero reto para él. Entonces recurría a algún recuerdo de la infancia de la figurita en cuestión, o a una opinión desenfadada de la niña acerca de una colega. Cualquier cosa que lo ayudara a hacer de la nota algo distinto. Algunas veces salía bien, (como la bailarina exótica que había proclamado que era virgen, creando un verdadero revuelo a su alrededor. Una mentira que había servido para alimentar a otros periodistas durante semanas), pero otras tantas salía mal, (como la que había acusado al cómico de tocarla durante la función, poniendo sobre aviso a los demás, acerca de su personalidad poco tolerante. Luego de tanta sinceridad, la pobre no había vuelto a conseguir un trabajo)

Juan Pablo pidió otro café. Ya era el tercero, y eso que apenas eran las siete y treinta y cinco de la tarde.

¡Claro que se consideraba a si mismo buen mozo! No como para que las mujeres se dieran vuelta a su paso, pero tampoco como para tener que penar por una compañera. Excepto Paula, todas lo encontraban atractivo. Por eso no era raro que alguna de aquellas desenfadadas artistas porteñas lo atacara sin disimulo al terminar la nota.

De no haber sido por lo que sentía por su antigua vecina, su vida en Buenos Aires hubiera podido ser excitante, incluso a pesar de aquella horrible timidez con el sexo opuesto que todavía arrastraba desde su infancia.

Llegó el café, y se lo bebió de un sorbo.

¡Un hombre! ¡Con esos pechos, y ese culo! ¿Cómo hubiera podido imaginarlo?

¡Qué asco! ¡Se le había insinuado un hombre!... Y él, sonriéndole como un estúpido. ¡Qué asco!

Durante un rato largo observó la gente elegante que transitaba por las veredas amplias. ¿Cerraría aquel bar? Porque estaba dispuesto a pasar la noche entera allí, si era necesario. Sí, iba a permanecer frente a aquel edificio imponente hasta que Paula volviera a salir. Necesitaba saber cuanto antes qué hacía en aquella casa, con aquel fulano nefasto. Necesitaba...

No pudo acabar. Vestida como para una fiesta, Paula, su Paula, salía de la casa por la puerta principal. Torpemente Juan Pablo se puso de pie, llevándose consigo parte de la mesa en su apuro.

La camarera, que hasta allí había hecho lo imposible por ignorarlo, ante su intento de huida precipitada, cobró rápido interés en él. Y es que, justamente, todavía no le había cobrado.

—Son veinticuatro pesos, señor.

—¿Veinticuatro?! —se escandalizó Juan Pablo.

No tenía tiempo para regatear. Tiró tres billetes de diez sobre la mesa caída, y corrió hacia la calle.

Pero al llegar a ella se espantó. ¡Nadie! Vacía... O llena de gente extraña.

¿¿Dónde estaba Paula?!

* * *

¿Dónde se había metido Greta?

Luego del chasco de la noche anterior con los dos presuntos médicos, y para mitigar un poco la culpa que sentía, Paula había decidido invitar a su amiga a cenar, en señal de desagravio. Por una vez quería que comieran tranquilas, sin estar pendientes de nada. Pero como la conciencia de Paula le remordía mucho, aquella tarde había hecho reservaciones en uno de los lugares más lujosos y elegantes de la ciudad, (o, al menos, uno que lo era para sus modestas finanzas)

La nueve y media, y de Greta no había noticias. ¿Sería capaz de haberla dejado plantada para vengarse?

—Hola, buenas noches. Mi nombre es Pedro Luis.

Paula observó al gigantón que le hablaba, con desconfianza. El tipo era inmenso, pero para nada feo.

—Hola, Pedro Luis... Y adiós. Estoy esperando a alguien.

—Ya sé. A Greta.

La muchacha se sorprendió.

—Es ella la que me ha enviado —concluyó aquel tipo, con encanto.

¡Sería posible! Al parecer, su amiga no iba a escarmentar jamás.

—Escucha José Luis.

—Pedro Luis.

—Pedro Luis. No estoy interesada en cenar con desconocidos. Tú pareces encantador y simpático, pero ya estoy harta de citas a ciegas.

—A mí me ocurre lo mismo. Y, créeme, no es por mi gusto que he venido hasta aquí. Soy tan víctima como tú. Iba a salir con mi amigo, pero él conoció a Greta esta tarde, y me dejó plantado. Creo que para librarse de mí, me envió en tu búsqueda. Claro que, ahora que te veo, se me pasó un poco el enojo.

—Gracias.

—Mira, no hay mucho que podamos hacer. Tú todavía no has cenado, y yo tampoco.

—Pero antes de que te sientes, tengo que advertirte que sólo estoy interesado en una relación seria.

—¡Guau! —dijo él, sentándose a pesar de sus advertencias—. ¿Te molesta si mi única intención al quedarme sea la de cenar contigo?

Paula sonrió con encanto.

—Disculpa... Hay tanto loco dando vuelta.

—Yo no estoy loco —respondió aquel tipo con seriedad.

Pero luego de aquel ligero traspié, la charla entre los dos surgió fluida. El tipo, bien mirado, era francamente hermoso. Decía ser dueño de una agencia de publicidad, y soltero. Y nada parecía indicar lo contrario. Dos veces había sonado su celular, y las dos veces había atendido con tranquilidad, sin mirar antes el identificador. La charla telefónica afirmaba sus dichos, (campañas, tiempo de publicidad en el aire, etc.)

¿Sería aquel tipo sincero?

—Así que estás interesada sólo en relaciones serias...

—Como te dije, hay mucho idiota suelto.

—No creas que para alguien como yo las cosas son mejores. Las mujeres también tienen lo suyo. Con esto de

la liberación femenina, parece ofensivo pretender que tu pareja te dé prioridad a ti, y que quiera formar una familia.

—¿Eres soltero?

—Me da un poco de vergüenza decir que, a los treinta y siete, nunca pasé por un altar, porque algunos tienden a pensar que debo tener algo raro. Pero te juro que soy un tipo normal, con mala suerte.

—Conociendo a la gente de esta ciudad, no me parece extraño. ¡Los porteños están locos!

—Yo no estoy loco —gruñó aquel gigantón.

Y si bien aquella reacción un tanto extemporánea sorprendió a la muchacha, apenas fue un instante. Luego la charla continuó fluida.

—Me veo con un hijo antes de los cuarenta —confesó aquel galán, entrecerrando sus bellos ojos negros.

Y entonces ocurrió.

Un tipo se acercó a él en forma amenazadora.

—Escucha —le gritó el recién llegado—, si nos estás siguiendo...

Pedro Luis, sin sorprenderse ni inmutarse, se limitó a tomarlo con discreción por el nudo de la corbata, de forma tal que prácticamente lo estaba ahorcando.

—¿No me ves? Estoy aquí, cenando con tranquilidad. No me molestes —le susurró.

Y luego lo soltó.

El otro lo miró horrorizado, pero a pesar de eso, insistió.

—Si te acercas a menos de diez metros, llamaré a la policía —le advirtió, tratando de recuperar la compostura.

De inmediato se retiró, reuniéndose con una pobre muchacha que había contemplado la escena, espantada. Juntos corrieron a la salida.

Paula observó a su compañero, muda de terror.

—No te asustes, por favor. No fue nada. Lo que decíamos antes... Está lleno de gente rara.

—¿Quién era?

—¿Él? No lo conozco... Ella, en cambio, es una antigua novia. Creo que todavía está interesada en mí, y vaya a saber la historia que le contó.

—¿Y lo de los diez metros?

—Una tontería... Una orden de restricción que pidió, en mi contra... Delirios suyos. Es la nueva moda. Enseguida piden una orden de restricción, como si eso sirviera de algo. Te imaginarás que si yo fuera a acatar todas las órdenes de restricción que pesan sobre mí, no podría circular por la calle. Como te dije, últimamente se ha puesto de moda... Oye... ¿Por qué me miras con esa cara? ¡Yo no estoy loco! La calle está llena de putas, y al parecer yo las emboco todas.

—Lo entiendo —repitió Paula, dando gracias a Dios por la llegada imprevista de aquel tipo—. Pero la verdad es que me asusté. Debo estar toda colorada.

—Estás preciosa... Pero, hemos hablado todo el tiempo de mí. Cuéntame un poco de tu vida... Quiero saberlo todo.

—Primero déjame ir al cuarto de baño. Siento que la cara me va a estallar.

Paula se puso de pie, pero imprevistamente el tipo la tomó por la muñeca.

—¿No vas a escaparte, no?

—Nunca antes del postre —le respondió ella con encanto, y se soltó.

¡Maldición! Era como si aquel fulano hubiera podido leerle la mente. ¿Cómo iba a hacer para huir de allí?

El tipo la observaba, vigilante, así que Paula no tuvo más remedio que meterse en el baño.

Por desgracia en ese espacio mínimo no había ventanas ni puertas. ¿Cómo salir?

Todavía estaba tratando de imaginarlo, cuando un grupo de unas cuatro muchachas jóvenes hizo su ingreso alborotado al pequeño recinto, produciendo una aglomeración.

—Chicas, ¿no me harían un favor? —se apuró a pedirles Paula, (¡así de desesperada estaba!)

—No, gracias. Me gustan los tipos —respondió una, y las demás rieron encantadas.

—De verdad... Ahí afuera hay un fulano inmenso que aguarda por mí.

La que le había respondido antes, entreabrió la puerta para curiosear a su antojo.

—¡No! —se espantó Paula—. ¡Va a sospechar!

—¿Qué te ocurre con ese tipo? ¡Está buenísimo! Si no te gusta, me lo quedo yo.

—Era una cita a ciegas, y parece que, aunque pinta de normal, está completamente loco. Me confesó que un montón de personas han pedido una orden de restricción en su contra. ¡Por algo será!

—¿Es soltero?

—Eso dice. Parece que tiene treinta y siete años, y una agencia de publicidad.

—¿Qué necesitas de nosotras? ¿Que te ayudemos con él en la cama? ¡El tipo es inmenso!

—Quisiera que me ayudaran a escapar. Está controlando el baño para que no lo haga.

—Suena divertido. ¡Vamos!

De inmediato las cuatro muchachas formaron una especie de escudo a su alrededor, que le permitió a Paula salir de aquel baño, lejos de miradas indiscretas.

—Oye —dijo otra de las jóvenes, mientras pasaban frente a la mesa del tal Pedro Luis —¿Te importaría si me lo quedo? No hay muchos solteros por allí.

—¡Pero está loco! —se espantó Paula, ligeramente inclinada, con la vista fija en la salida.

—Yo también. Y un tipo soltero, es un tipo soltero.

—¡Te lo regalo! —susurró la joven periodista, arrastrándose por el suelo, a punto de ganar la puerta principal.

Fue todo cuestión de que el aire fresco de la noche golpeará su cara, para que Paula se separara del grupo y, aún en cuclillas, comenzara a correr para alejarse de allí cuanto antes. Pero todavía no había llegado a la esquina, cuando la mano fuerte de un hombre salió de entre las sombras, y la obligó a detenerse, sin que se pudiera soltar.

¡Estaba atrapada!

* * *

¡Estaba atrapado!

Ezequiel Cárdenas sonrió sin molestarse en ocultar su satisfacción.

—¿Estás seguro de que esto sirve de algo, no?

—Es lo que la viuda de Braulio Torres busca con tanto afán.

—Quiero verlo antes de comprar.

El dueño de casa abrió uno de los paneles de madera que cubrían la pared, dejando a la vista una pantalla de cristal líquido inmensa. Insertó la cinta que el otro le alargaba, y contempló la imagen con atención. Cuando la secuencia llegó a su fin, la rebobinó para verla otra vez, y después otra más.

—Es auténtica —aseveró su invitado, sin ocultar su preocupación—. ¿No le sirve? ¿No es lo que esperaba?

—No. No lo es. Pero da igual. ¿Cuánto quieres por ella?

—Cuatro mil dólares.

—¿Te has vuelto loco, Quintino Ramos?

—Con esto puede hundir fácilmente a Eusebio Cantagalli. La cinta prueba que mandó matar a ese periodista.

—Pues no estoy tan interesado. Serán cuatro mil pesos.

—Está bien —se apuró a decir el otro, con una rapidez que hizo sonreír a su contrincante.

Un sesenta por ciento de rebaja... ¡Nada mal!

Cárdenas rebuscó en un cajón, y le tiró el dinero.

—Cuéntalo.

Obediente, el tipo comenzó a hacerlo, frente a la mirada satisfecha del otro.

—¿Cuánto hay ahí, Quintino Ramos?

—Cuatro mil, como dijimos.

Y entonces aquel hombre elegante pareció enloquecer. Se paró frente a otra pared, y comenzó a hablar como si hubiera alguien más en el cuarto. Su visitante lo miraba, desorbitado.

—¡Cuatro mil pesos! —decía—. ¡Lo poco que vales, Cantagalli! Este estúpido te vende por esa miseria.

—¿A quién le habla? —preguntó Ramos, comenzando a preocuparse por su suerte.

—¿Sabes, Quintino? Me fascina la gente capaz de generar su propio trabajo. Y en tu caso, la iniciativa es interesante. Yo busco este material que podría hundir a tu jefe, y tú me lo vendes... ¡No! No me lo vendes... ¡Me lo regalas por cuatro mil pesos! Y entonces yo, que soy un poco desconfiado, me imagino lo fácil que sería para ti volver con Cantagalli, y anunciarle que te ha llegado de buena fuente el soplo de que yo tengo un video que podría incriminarlo. ¿Cuánto te pagaría él por deshacerte de mí? Serías un idiota si tomaras el trabajo por menos de treinta mil... Dólares, por supuesto. No soy un tipo fácil de atrapar, y suelo andar con custodia... ¿Cuánto crees, en cambio, que pagaría Cantagalli por eliminarte a ti?

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro, demudado.

Y entonces Cárdenas abrió otro de esos malditos paneles, dejando al descubierto varios monitores que

mostraban con total nitidez lo que ocurría en aquella sala, desde otros tantos ángulos.

—En este momento, en algún sitio de este edificio, alguien está recibiendo y guardando la prueba de tu traición. De ese video, (no eres el único al que le gusta filmar), voy a hacer dos copias. Una para mi abogado, y otra para un amigo. De más está decirte que si algo me llegara a ocurrir...

—¡No!... Oiga, usted no entiende. Si alguien más ve el video que le di, Cantagalli nos liquida a usted y a mí.

—Por eso los dos vamos a conservar nuestro pequeño secreto. No quiero otras copias de la cinta circulando por allí, porque de lo contrario voy a terminar contándole a tu jefe tu indiscreción. En lo que a ti respecta, este video nunca existió.

—No entiendo... Si no pensaba denunciar a Cantagalli, ¿para qué...?

—Asuntos míos. Esto algún día me puede ser muy útil. Pero, por ahora, se queda bien guardado junto a mi colección... Y demás está decirte que si hablas con Paula Ventura...

—¿Con quién?

—La viuda de Torres.

—Ah...

—Si hablas con ella, o le das alguna información sobre lo que hay en esta cinta, eres boleta.

El tipo no esperó una nueva advertencia para intentar huir de allí cuanto antes. Era obvio que ese Cárdenas jugaba muy por encima de su nivel, y él no era tan estúpido como para enfrentarlo. Sin embargo, mientras aguardaba la llegada del elevador, no pudo evitar una última pregunta.

—¿Y si otro lo mata?

—¿Cómo? —preguntó Cárdenas sorprendido.

—Si alguien lo mata a usted, y no tiene nada que ver conmigo, ni con Cantagalli...

—Ese día, querido amigo, a varios les va a convenir irse del país. Y tú no vas a ser la excepción... Por eso te recomiendo que reces a Dios todas las noches por mí.

“¡¿Rezarle a Dios?! ¡Nada más inútil!”, pensó Quintino. Porque, de seguro, ese tipo ya hacía rato que había hecho un pacto con el diablo.

* * *

En ese preciso momento Paula Ventura tuvo la certeza de que un horrible peligro se cernía sobre ella.

Alguien la estaba reteniendo en su carrera por escapar de aquel loco.

Se dio vuelta horrorizada, y pegó un grito.

—¡Espera, Paula! Soy yo.

—¿Juan Pablo?! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó, sin ocultar su alegría. Pero de inmediato reparó en lo precario de su situación—. ¡Agáchate!

—¿Qué ocurre?

—Quiero escapar de mi cita... ¡Agáchate! —insistió la joven.

Y como si todavía tuvieran cinco años, y acabaran de robar unas manzanas del huerto de doña Filomena, la muchacha lo obligó a agazaparse, y comenzar a correr.

Así estuvieron por unas calles. Como cuando eran niños, Juan Pablo la seguía con mansedumbre, sin oponerse, ni preguntar.

Por fin llegaron hasta unos árboles, y Paula se detuvo bruscamente. Con su pecho exultante, las mejillas explotando de color, y su cabello largo alborotado por el viento, se veía más sensual que nunca. Juan Pablo se estremeció de deseo, y su sexo comenzó a reclamar. Por un segundo tuvo la loca fantasía de aprovechar el envión que todavía lo arrastraba para tomarla entre sus brazos, y besarla en la boca, sin darle tiempo a reaccionar. Pero, en vez de eso, se quedó allí, parado, admirándola en silencio, como había hecho durante toda su vida.

—¡Juan Pablo! ¡Estoy tan feliz de verte! ¡No lo puedo creer! —repetía la joven, mientras lo acariciaba con

ternura— ¡La Capital es tan grande, que habernos encontrado así es casi un milagro!

—O... O... un signo de Dios —respondió él, omitiendo el hecho de que ya llevaba varios días siguiendo sus pasos.

—¿Qué estás haciendo en Buenos Aires?

—Hago notas para Perfiles... Es un trabajo de mierda, pero...

—¿En Perfiles?... ¿Viniste para quedarte? ¿Y tu casa en Mendoza?

—La vendí.

—¡Es una locura! ¿Por qué lo hiciste?... Aquí en la Capital la gente está chiflada, y no vale la pena quedarse.

—Entonces, ¿por qué te fuiste tú, y sin siquiera avisarme? —le reprochó con amargura.

La muchacha suspiro, y echó a andar a través de la arboleda con lentitud, mientras comenzaba a deshilvanar sus recuerdos.

—El segundo aniversario de la muerte de Bru habíamos ido al cementerio con Lita. Ella lloraba, yo lloraba... En un momento miré a mi alrededor: la tumba de mi padre, la de mi madre, la de mi marido. Allí estaba sepultada mi vida. Mi pasado, mi presente, y si todo seguía así, mi futuro. Afuera quedaba la cáscara de una existencia vacía... Y me asusté. Me asusté de verdad. Cada calle de Mendoza me

recordaba una felicidad que nunca más iba a poder recuperar. ¿Para qué quedarme entonces?

—Pero, ¿por qué huir? ¿Por qué no avisarme?

La joven se detuvo y lo enfrentó. Mansamente Juan Pablo se dejó lastimar por la sinceridad de aquella mirada amada.

—Te quiero demasiado Juan Pablo. Tú eres mi amigo del alma. Mi hermano. La única reserva de amor desinteresado que me queda en este mundo. Pero cuando te veo... Siempre fuimos los tres: Bru, tú y yo. Siempre estuviste allí con nosotros.

—Pues ahora so... sólo somos tú y yo –le dijo, entrecerrando sus bellos ojos celestes, mientras extendía una mano para acariciarla.

Pero, como siempre, Paula se le adelantó. Le acomodó un mechón que había caído sobre sus ojos, y luego lo abrazó con dulzura.

—¡Cómo cuando éramos chicos, lo sé!

—¡No, no como cuando éramos chicos! –intentó protestar él.

Pero su antigua vecina lo ignoró.

—Tu presencia me recuerda que él nos falta –continuó la joven— Es demasiado doloroso. Por eso me escapé. Necesito darle un corte al pasado. Necesito construir

nuevos recuerdos, que me ayuden a seguir adelante. Que me den cada mañana un motivo para despertar.

—¿Entonces no quieres volver a verme nunca más? —preguntó él, apenado.

Y bastó escuchar su tristeza para que Paula lo acariciara con ternura.

—Siempre quiero verte. Te quiero demasiado. Sólo dame tiempo para entender que, a pesar de que nos falta Bru, tú y yo todavía estamos vivos.

—No quiero contradecirte —refunfuñó él, sin ocultar su molestia—, pero a mí me parece que tú ya has seguido con tu vida.

—¿Por qué lo dices? —se sorprendió la muchacha.

Por un segundo Juan Pablo dudó. No podía confesarle que ya conocía su relación con Cárdenas. Así que, finalmente, optó por lo obvio.

—¿No estabas huyendo de una cita?

—¡Ni me lo recuerdes! —simuló espantarse Paula. Y de inmediato su tono grave se transformó en divertido—. ¡No sabes lo que es ser soltero en Buenos Aires! ¡La gente está loca! Me muero por contártelo todo... ¡Tengo miles de anécdotas que te van a hacer morir de risa!

—¿Estás buscando novio? —preguntó él, acentuando el reproche.

Pero Paula no lo notó.

—¡Claro que busco novio! ¡Y con desesperación!

—¿Por la promesa?

—Por la promesa.

—Quizás yo... —comenzó a decir el pobre muchacho, pero su amiga ya no lo escuchaba.

—¡Mira! ¡Un columpio!... Hace mil años que no me hamaco. ¿Te animas?

La muchacha corrió hasta el círculo reservado a los niños sin esperar respuesta.

Por un rato Juan Pablo la observó mecerse a la distancia, pero luego también él cedió a la tentación del juego. Se sentó en la hamaca de al lado, tomó envión, y se dejó arrastrar por sus ansias. Aquella cercanía lo hacía temblar de puro deseo. En cada encuentro, sus ojos acariciaban el perfil perfecto de ella, sus pechos palpitantes, su culo firme y redondeado. Paula, como en la vida, se acercaba y se alejaba de él, llenándolo de necesidades que no se atrevía a confesar.

La joven se detuvo.

—Casi es medianoche. Tengo que irme. Mi jefe me pidió que mañana llegara antes.

—¿Tu jefe? —se extrañó él.

—Trabajo para Ezequiel Cárdenas, el de “RLP”.

Juan Pablo suspiró aliviado. ¡Por supuesto! Trabajaba para él. Esa era la explicación.

—¿Estás investigando algo?

—Parecido, pero un poco menos glamoroso.

—No entiendo.

—Soy su asistente domiciliaria.

—¿Qué es eso?

—Me ocupo de su casa.

—¿Cómo que “de su casa”? ¿Y la investigación?

—El tipo es un caso para análisis. Digamos que, estando allí, yo lo investigo a él.

—Pero... Si no haces trabajo periodístico... ¿Eres la criada?

—Preferimos que nos digan “asistentes domiciliarias”.

—¡¿Te has vuelto loca?! ¿Has venido a la Capital para trabajar de criada?

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No para una criada, pero sí para ti... ¡Eres una profesional!

—¡Vamos, Juan Pablo! ¿Qué hacíamos todos los veranos en los hoteles cinco estrellas, para ganarnos algunos pesos?

—¡Pero teníamos menos de veinte años! Esos empleos eran una forma de escapar del control de nuestros padres. ¡Una aventura!

—Esta también es una aventura. ¡Cárdenas es todo un personaje!

—¿Estás enamorada de tu jefe?

—¡¿Te has vuelto loco?! El fulano es detestable... Pero es un periodista de primera. Y, tan pagado de si mismo, que siempre termina dándote alguna lección, aún cuando no se lo hayas pedido. He aprendido más de periodismo escuchándolo a él, que lo que mi marido o tú me han enseñado nunca.

Aquel comentario hirió a Juan Pablo, y lo obligó a ponerse en guardia.

—¿Piensas trabajar de criada por el resto de tu vida?

—Es temporal. No había otra cosa.

—Entonces, si consiguieras un empleo de verdad, ¿dejarías éste?

—Corriendo. Pero por ahora tengo que confesarte que lo disfruto..., a pesar de Cárdenas.

Juan Pablo la observó con desconfianza.

¿A pesar de Cárdenas..., o por él?

* * *

Greta miró su reloj despertador. ¡La una de la madrugada!... ¡El colmo! ¡Hasta la estrecha de Paula lo pasaba mejor que ella!

Escuchó el ruido de la puerta que se abría, y se levantó de la cama, prácticamente desnuda, como estaba.

—Parece que, después de todo... —comenzó a decir, pero al entrar en la sala, y toparse con Juan Pablo, hizo silencio.

Aquel buen mozo la miraba azorado a través de sus lentes redondos, (¡parecía un Harry Potter rubio!)

Y no era para menos.

—¡Greta! ¡Cúbrete, por favor! —se enojó Paula al verla, mientras regresaba de la cocina con un vaso de agua—. ¡No puedes pasearte por allí en bragas!

Obediente, la joven se apuró a ponerse la camiseta que había dejado olvidada en la silla.

—¿Qué pretendes?! —se defendió—. No imaginé que ibas a traer a alguien a esta hora...

Greta se acomodó el cabello, (sabía que a pesar de esa camiseta, o quizás gracias a ella, se veía hermosa y sensual), sonrió, y se apuró a saludar al bello galán que las visitaba, y que todavía tenía cierto espanto dibujado en su rostro.

—Hola —le susurró, para romper el hielo.

—Esta es Greta, mi compañera. Y este es Juan Pablo...
¿Recuerdas que muchas veces te hablé de él?

—¿El vecino que te presentó a Bru? —se sorprendió Greta—. Creí que era...

“Un pelmazo”, pensó. Pero se abstuvo de terminar la frase. ¡El tipo era espectacular! Un poco tímido quizás, pero encantador.

Luego de unos minutos de charla intrascendente, las dos amigas por fin se quedaron solas.

—¡Guau! Creo que me he enamorado... ¡Qué bombón! —aulló Greta.

—¿Juan Pablo?... ¿Te parece lindo?

—¿Me estás jodiendo?... ¿Qué es lo que no te gusta de él? Tiene unos brazos anchos como si fueran troncos, alto, con unos ojitos encantadores, unas pestañas larguísimas, y un culo apretadito que...

—¡Basta! Es mi amigo.

—Y no era lo único apretado en ese jean. O se pone relleno, o el muchacho tiene mucho para agradecerle a Dios.

—¡Lo que le estás mirando!

—¿Qué te preocupa? A ti no te gusta, ¿no?

—¡Claro que no! Es... Es... ¡Es Juan Pablo, mi amigo!

—¿Por qué no me contaste nunca lo divino que era?

—Te mencioné que era bueno como el pan, sincero, inteligente...

—¡Por eso! ¡¿Cómo podía imaginarme que además estaba tan bien equipado?!

—Hablas de él como si fuera un condominio.

—No sé si como un condominio, pero te puedo asegurar que si alguna vez logro meterme en él, no va a haber manera de que me desalojen.

Paula no ocultó su molestia pero, como ya era muy tarde, decidió dar por terminado el asunto.

—¿Me lo prestarás para una cita? —insistió Greta.

—Puede ser —mintió su compañera—. Algún día... ¡Y hablando de citas! ¿Qué ocurrió esta noche? ¿Quisiste vengarte de mí?

—¿A qué te refieres?

—Al loco que me mandaste.

—Ah, ¿ese también era loco?

—¿Cómo que “también”?

—El mío, es decir, el amigo, dijo que estaba tan caliente que prefería ir al hotel antes de cenar.

—¡¿Y tú accediste?!

—Parecía tan lindo... ¡y era soltero! Pero bastó llegar al cuarto para que todo se volviera un desastre... ¡Ni siquiera me hizo el amor! Me pidió que me sacara los zapatos, y comenzó a chupar todos y cada uno de los dedos de mis pies.

—¡Qué asco!

—Al principio no. Me daba cosquillas. Pero después era aburrido... Y a la media hora, sí, ya era asqueroso.

—¿Por qué te quedaste?

—El tipo no tenía esposa, y parecía sincero... ¿No eres tú la que dice que debo elegir a uno que no me mienta?

—¡Pero tampoco se trata de conformarse con un perverso!

—No era perverso. Era raro.... Y después de una hora de estar allí, chupa que te chupa, me dijo que se le había ido el apetito, y me trajo a casa sin siquiera pedirme el teléfono... ¿Crees que mis pies habrán oído mal, o algo así?

—¿Has perdido la razón, Greta?! ¿Te hubieras quedado para cenar con él?

—Mi celulitis, Paula... ¿La recuerdas? Soy una mujer desesperada.

—¡Dios mío! ¿Hay alguien que no esté loco en esta ciudad?

Paula se dirigió al cuarto de baño, y comenzó a cepillarse los dientes, mientras su amiga acercaba una lámpara para contemplar en el espejo de la sala su celulitis imaginaria.

—¡No te conté, Greta! Hablando de locos..., ¿a que no sabes quién vino esta mañana a casa de Cárdenas?

Su amiga seguía absorta frente al espejo, pero bastó que Paula mencionara el nombre de su visita, para reconquistar su atención.

—¡Guido Méndez!

—¡¿Guido Méndez?!... ¡¿Guido Méndez fue a la casa cuando tu jefe no estaba?! Dime, por favor, que no te portaste como una idiota, como lo haces siempre. Dime que lo dejaste pasar...

Con la boca todavía repleta de pasta, Paula sonrió.

¿Qué habría querido con ella Guido Méndez esa mañana?

* * *

—¿Qué hora es, Guido?

—Las dos de la madrugada. ¿Vamos a dormir?

Olivia Vieytes le devolvió a su compañero una mirada sarcástica antes de responder.

—¡Vamos, Guido! Sabes que si primero no acabamos con esto, Ezequiel nos mata.

—Tienes que entender, Olivia. Yo vivo de mi rostro. No puedo conducir el programa si tengo unas ojeras que me llegan al piso.

—¡Vamos! ¡Como si fuera la primera vez! Eres famoso entre las muchachas de maquillaje. ¡Se vuelven locas para tapar los rastros de tus juergas!

—Si es por diversión es una cosa, ¡pero por trabajo! ¿Por qué no está Cárdenas también aquí?

—Sabes como es él. Tenía uno de sus “asuntos secretos”.

Guido volvió a concentrarse en el trabajo, pero sólo por unos segundos.

—¡Qué día de mierda! —se quejó—. Hoy todo me salió mal.

Olivia contempló a su compañero, y sonrió. Después de tres años de trabajar juntos, codo a codo, ya había dejado de ver en él al semental espectacular que percibían los demás, para concentrarse en el niño malcriado que era. Le resultaba obvio entonces, que si no lo dejaba descargarse a su antojo, no iba a poder sacar nada bueno de él por el resto de la noche.

—Vamos a ver... ¿Qué te ha ocurrido?

—Hoy a la mañana estaba caliente... ¿Nunca te pasa de levantarte cachonda?

—¡Ustedes son todos iguales! —refunfuñó la muchacha—. ¡No! No me levanto pensando en sexo, porque estoy ocupada haciendo la cama, sirviendo el desayuno, arreglando mi cabello, y tratando de evitar la cachondez de Enrique. ¡Y todo eso en media hora!... Pero, sigue con tu historia. Estabas cachondo, y...

—Y me acordé de cierta criadita que me tiene a mal traer.

—¿Una criada?! Estás bajando de categoría, Guido.

—¡Qué snob!... Para mí, en cambio, la gente se divide únicamente en dos tipos: con vagina, y “sólo si estoy muy desesperado”.

—¡Entiendo! —se rió su compañera—. ¿Y qué ocurrió con la criadita?

—¡No me abrió! ¡A mí! ¡A Guido Méndez!... Me puso una excusa cualquiera, y me mandó a tomar el café al bar de la planta baja, ¿puedes creerlo?

—Pero, no entiendo... ¿Ella te esperaba?

—Claro que no.

—¿Y ustedes ya tenían una historia juntos?

—No.

—Sigo sin entender... ¿Qué pretendías? ¿Presentarte allí, y que te hiciera el amor sin más trámite?

—¡Por supuesto! ¡Soy Guido Méndez!... Se supone que las cosas funcionan de esa manera.

—¡Vaya!... ¿De verdad, o sólo en tu fantasía?

—Soy muy torpe con las mujeres, y, desde que salgo en televisión, todos los días me acuesto con una distinta. ¿Tú qué crees?

—Entiendo... Pero quizás la que no entendió fue ella. Quizás creyó que ibas por otra cosa.

—¡No! Estoy seguro que entendió... Pero esa Paula es brava... Por eso lo tiene como loco a...

Guido se detuvo abruptamente, pero, por fortuna, a tiempo.

—¿A quién?

—A su jefe.

—Y, ¿conozco al afortunado?

—No. ¿Continuamos?

Olivia entrecerró sus hermosos ojos negros. Un bar en la planta baja, un jefe innombrable... ¡¿Sería posible?!

¿Acaso podría existir alguna mujer en este mundo capaz de tenerlo a mal traer a Ezequiel Cárdenas?

Olivia todavía estaba pensando, cuando las cavilaciones de su compañero la volvieron a interrumpir.

—¿Estará bajando el encendido? —se preguntó Guido a sí mismo.

—¿Cómo?

—¿Crees que estamos perdiendo peso dentro de la programación del canal?... ¿Será el rechazo de esta muchacha el primer signo de que a la gente ya no le interesa “RLP”?

Olivia sonrió. ¡Aquel tipo era increíble! Como Cárdenas, Guido era sólo un niño grande, capaz de hacer una rabieta frente al menor rechazo. Y ella, como siempre, tendría que hacerse cargo de su amargura.

¿Cuándo se terminaba de criar a un hombre?

—Sabes, querido, de seguro la muchacha no te dejó pasar por “motivos femeninos”

—¿Crees que estaba indispuesta?

—O tenía una braga y un sostén que no se atrevía a mostrar a nadie, y mucho menos a un galán como tú.

—¡Claro! ¡Cómo no lo pensé!... ¡De seguro fue por eso!... ¡Qué estúpido! Estoy tan acostumbrado a codearme con mujeres de dinero, que no se me ocurrió que una simple criada pudiera sentirse intimidada y fuera de lugar frente a mí. ¡Por supuesto que fue eso!

A pesar de la alegría de su compañero, (o quizás por ella), Olivia se persuadió de inmediato de que aquella muchacha desconocida era más astuta que vergonzosa. Ninguna mujer se perdía un semental como aquel por motivos tan triviales. En tal caso, si el tipo llegaba en una ocasión que no era propicia, se limitaba a aprovechar la oportunidad para levantar la temperatura, guardando para más tarde el punto de ebullición. ¡No! La famosa criadita no estaba interesada en Méndez. Quizás porque era una mujer inteligente, (que alguna debía haber), o porque, lo más probable, estaba atrás de alguien todavía mejor...

¿Cárdenas, tal vez?

* * *

—Y... ¡Corten!

Los focos más brillantes se apagaron, y en el estudio todo fue agitación.

—¿Estuve bien, no? —preguntó Guido con orgullo.

—Para la mierda —se enojó Ezequiel Cárdenas.

—¿Por qué?... ¿No le puse dramatismo a la nota de la nenita atropellada por un auto a contramano, en la protesta que estaban haciendo frente a la escuela, “precisamente” porque los autos siempre pasaban por allí a contramano? ¿No aproveché lo suficiente las imágenes de la policía, avanzando también a contramano, para socorrerla?

—Eso estuvo bien —concedió su jefe—. ¡Pero olvidaste promocionar el informe sobre corrupción de la revista! ¿En qué tienes la cabeza, Guido? ¿Qué te pasa?

—Quizás es porque ayer tuvimos que quedarnos con Olivia hasta las cuatro de la madrugada para terminar con todo.

—Este programa se transmite a las diez de la noche. ¿Qué hiciste en el medio?

—¿Crees que soy como tú, que no tiene vida personal?

—Con lo que ganas, puedes pagarle a alguien más para que viva por ti. No me traigas problemas, Guido. Chicos lindos y estúpidos consigo en cualquier parte.

Guido Méndez lo miró con odio, pero no le respondió. Cárdenas era un maldito jodido, pero un maldito jodido con dinero y poder. Todos tenían que perdonarlo para lograr sobrevivir, y él no iba a ser la excepción. Así que se limitó a sonreír con encanto, e irse.

Pero aún cuando ya hacía un rato que el bello conductor había huido del estudio, el enojo de su jefe todavía perduraba.

—Ese idiota... Mantengo este programa sólo por vender la revista, y él...

—¡Vamos, Ezequiel! —le replicó Olivia—. Tú no mantienes este programa. Sabes que tienes un público ABC1 que te es fiel, a pesar de los tipos que se encierran en

una casa en el canal de al lado, y las estrellas que se destrozan bailando, en el otro. Tu programa tiene poco encendido, pero los anunciantes de artículos de lujo se mueren por promoverse en él.

—Pues a mí me interesa la revista, y no el dinero. Allí está el periodismo de verdad. Esto, en cambio, es un circo. Y si Guido no lo entiende...

—Perdónalo. El muchacho está distraído... Se ha enamorado.

—Él vive enamorado.

—Dime, Ezequiel... ¿Cómo se llama tu criada?

—Berta.

—¿Berta? Creí que la habías echado porque robaba.

—Esa fue la Berta número dos. A la uno la tuve que despedir porque se había enamorado de mí, y no me pasaba los mensajes de las otras mujeres. ¡Una lástima!... Si hubiera sabido que me iba a ser tan difícil reemplazarla, me hubiera acostado con ella, a pesar de que era vieja y fea, sólo por retenerla.

—¿Y la que tienes ahora, qué número de Berta es?

—Ya perdí la cuenta.

—¿Y cómo es ella?

—Insoportable. Pero no la despidió porque, aparte de ser obstinada y orgullosa, hace todo lo que le encomiendo a la

perfección. De lo contrario, ya hace rato que le hubiera metido una patada en el culo. ¡Me tiene harto!

—¿Y es bonita?

El azul de la mirada de Ezequiel Cárdenas brilló aún un poco más.

—¿A qué viene el interrogatorio?

—Me parece que Guido está interesado en ella.

—¡El muy idiota! Por eso ahora no lo dejo venir a casa. ¡No hacía otra cosa más que mirarle el culo!

—¿Celoso? —preguntó su asistente con picardía.

—¡No seas idiota!

—No me respondiste si era bonita.

—Común... En realidad, es un poco más pequeña de lo normal. Más delgada. Lleva siempre el pelo atado, y no sé quién mierda la autorizó a no usar uniforme. Pero con eso, como con todo lo demás, hace lo que quiere. Anda siempre con unos jeans y una camisa... Una muchacha común y corriente en el aspecto, ¡pero el carácter!... ¡Es brava!

—¿Brava?... ¡Qué curioso! Guido dijo exactamente lo mismo. Ya me entraron ganas de conocerla... Y dime, si es así de brava, ¿querrá acostarse contigo, o será la primera que te diga que no?

Su jefe la observó con esa mirada espléndida, capaz de poner a cualquier mujer a temblar.

—Que te quede claro, Olivia, el que no quiere acostarse con ella soy yo. Prefiero dejar las cosas como están. Mujeres bellas consigo en cualquier parte, ¡pero una buena criada!

—¿Seguro que es por eso?

—¿Crees que no podría conquistarla si quisiera?... ¡Nada más fácil!

—¡No me digas!

—Lo creas o no... Es todo cuestión de habilidad. Lo primero, como en el periodismo, es la investigación: qué le gusta, con qué sueña. Averiguarlo es fácil. ¡Las mujeres hablan sin parar! En unas pocas horas de prestarles atención puedes conocer hasta sus fantasías más íntimas. Y una vez que sabes eso, convertirte en su príncipe azul es cuestión de buena voluntad y algo de talento. Y a mí, como sabes por experiencia propia, el talento con las mujeres me sobra.

—Podrías pasarle la fórmula a Enrique.

—Si te va mal con él, te jodes. Te lo advertí antes de que lo llevaras a vivir a tu casa.

—Estoy segura de que mi marido jamás aplicó tu método. ¡Nunca me escuchó!

—No lo culpo... Ustedes suelen ser agobiantes. Te confieso que yo sólo atiendo lo que dice una mujer cuando quiero sacar algún provecho de ella.

—Sí, creo que ese es el problema... Enrique ya perdió las ganas de aprovecharse de mí, como no sea para algo rápido y aburrido.

—Déjalo.

—¿Que lo deje?

—Divórciate de él, antes de que sea tarde.

—Ay, Ezequiel, no se puede entrar y salir así de rápido de una relación.

—¿Por qué no? Yo lo hago todo el tiempo.

—No todos somos como tú.

—Eso es cierto. A mi no me gusta sufrir. No tengo pasta de víctima... ¡Ni de marido! No hay nadie por quien valga la pena pasarlo mal.

—Algún día, querido Ezequiel... Algún día vas a enamorarte, y tendrás que tragarte entero ese estúpido orgullo que tienes... Y ese día espero estar ahí para reírme.

—Pero el que no va a estar, voy a ser yo. ¡Lamento defraudarte!

Diciendo esto, y sin siquiera despedirse, Ezequiel Cárdenas se retiró del estudio como lo hacía siempre: como todo un ganador.

Olivia, en cambio, se mordió el labio inferior, sólo por no insultarlo.

—No sé quien eres, Berta —susurró al vacío—, ¡pero ojalá no le tengas piedad!

* * *

—¡No puedo creer que no supieras que era un travesti!

—¿Cómo imaginarlo? ¿Viste los pechos que tiene?

—¡Por favor, Juampi! Mide como dos metros, tiene unos hombros anchísimos, y su cara es cuadrada y angulosa...

—¡Pero sus pechos!

—Límpiate la baba, amigo —se burló Paula, mientras le pasaba la mano por la barbilla.

Y bastó aquel gesto inocente para que el sexo de él comenzara a delirar. Ya llevaba dos meses sin una mujer, y no le hacía falta demasiado para excitarse.

—La próxima vez que tengas que entrevistar a un artista, querido amigo, pregúntame primero a mí. ¡Sé todo de todos!

—¡¿Tú?! Nunca antes te interesaron esas cosas.

—Y ahora tampoco. Pero Cárdenas me hace leer todo el material que llega a su casa, ¡y llega cuanta porquería se publica!

—No entiendo. ¿No eres su criada?

—Sí, pero como considera que me sobra el tiempo, y a él no le gusta pagar de balde, me obliga a leer noticias, en busca de algo interesante que pueda engrosar su archivo.

—¿Y si no lo haces, qué ocurre?

—¡Imposible! Todas las mañanas me toma lección mientras desayuna.

Juan Pablo resopló. Tenía que sacar a Paula de esa casa cuanto antes. Por lo que había escuchado de él, Cárdenas no era un tipo capaz de tomarse tanto trabajo sin esperar nada a cambio.

—No me gusta tu jefe. Creo que esconde segundas intenciones. Y si voy a ser sincero, tampoco me gusta tu compañera de departamento. ¡Parece una puta! Y alguien que las vea juntas...

Juan Pablo no se atrevió a continuar, petrificado por la mirada furibunda de su amiga.

—¡Vamos! ¡Acaba la frase! Alguien que nos vea juntas, ¿qué?... Desde ayer que siento que quieres reprocharme algo. ¿Qué te ocurre, Juan Pablo? ¿Ahora también vas a cuestionar la forma en que vivo?

—Si voy a serte sincero, realmente no la apruebo. No me gusta tu amiga, y mucho menos ese tipo Cárdenas.

—¡Esto es el colmo! ¡Por eso me fui de Mendoza sin avisarte! Eres mi amigo, Juan Pablo, y te quiero mucho.

Pero Bru está muerto, y ya me harté de tener que rendirles cuentas a Lita y a ti.

—A tu suegra no le debes nada.

—¿Y a ti?!

Juan Pablo comenzó a parpadear, mirándola a través de sus lentes.

—A... A... A mí...

—No empieces con el tartamudeo. Esa época pasó. Ya no somos niños. No tartamudeas cuando haces una nota, ni cuando te enfrentas a otra mujer. No, sólo lo haces conmigo, porque sabes que estás siendo injusto. Sé que quieres lo mejor para mí, pero estoy harta de que pretendas meterte en mi vida.

—Yo... —estaba haciendo un gran esfuerzo para hablar de corrido—. Yo creí que formaba parte de ella.

—Como amigo. ¡No como gran hermano, ni confesor!

—Yo... quiero ser algo más que un amigo para ti.

Por desgracia para Juan Pablo, y a pesar de toda la angustia que le había producido semejante declaración, había hablado demasiado bajo, y justo en el momento en que Boca le hacía un gol a Racing, partido que los demás parroquianos estaban siguiendo con atención desde la pantalla de cristal líquido del coqueto bar en que se encontraban.

—Perdona, ¿qué dijiste? —preguntó la muchacha, forzando la voz por sobre el griterío y los comentarios futbolísticos que los rodeaban.

Su antiguo vecino la miró con desolación. Con veintisiete años cumplidos, dueño de parte del diario que había heredado de sus padres, periodista reconocido, capaz de enfrentarse sin dudar al más cruel de los mafiosos para obtener una nota, o al más vengativo de los políticos para desmentirlo, Juan Pablo Pavón, en cambio, no podía evitar ponerse a temblar como una hoja, tartamudeando de la emoción, cada vez que intentaba confesarle a Paula sus verdaderos sentimientos hacia ella.

—Ahora se han calmado —se alegró la muchacha—. Creo que elegimos mal el lugar... O el país. ¿Qué decías, Juan Pablo?

—No, nada —musitó.

Pero de inmediato se consoló a si mismo como siempre lo hacía.

“Será la próxima”, se prometió convencido, como cuando tenía dieciséis.

La próxima.

* * *

—¡Eres un hijo de puta y voy a matarte, Cárdenas! ¡No tienes derecho a hacer algo así!

Por toda respuesta, Ezequiel sonrió.

—La entrevista ya era mía antes de que llegaras tú, Rossi.

—No me refiero a trabajo... Aunque también con esa nota te portaste como un reverendo hijo de puta. Pero a eso ya estoy acostumbrado... En cambio ahora, además de robar entrevistas, pretendes quedarte con las mejores mujeres. Dime, ¿cómo te ganaste semejante hembrón?

—¿A quién te refieres?

—¿Me estás jodiendo? A la modelito votada en Internet como “el mejor culo de la Argentina” ¡Vaya niña!... ¿Cómo hiciste?

—Esta vez empleé tu método, Rossi. Será que ya me estoy volviendo viejo.

—¿Le pagaste?

—No. Le ofrecí la portada del próximo número.

—¡¿Qué?! ¿Ahora también tú vas a recurrir a un buen par de tetas para vender la revista? ¿Qué ocurre? ¿Los políticos ya no le importan a nadie?

—La nota principal daba para ponerla en la portada. Es acerca de esa extraña compulsión de nuestros funcionarios por pasar sus vacaciones, y gastar todo el dinero que nos han robado con tanto esfuerzo, en lujosos “resorts” del exterior. Al parecer nuestras cataratas, nuestros glaciares,

nuestras playas enormes, o nuestras pistas de esquí, nunca son suficientes para ellos.

—Sabes que lo hacen para que no los puteen mientras se dan la gran vida.

—Por supuesto. Pero todos los años gozo poniéndolos en evidencia.

—Y de paso, te has ganado a semejante hembrón. ¿Ya estuvo en tu cama?

—Nunca cuento ese tipo de cosas.

—¡Mírala!... ¡Qué mujer!... ¡Qué piernas!... ¡Qué culo!

—Sí... Pero poco ecológica —se burló Ezequiel—. El ochenta y cinco por ciento de su cuerpo debe estar hecho de material no reciclable.

—Eres un malvado, Cárdenas... No me importa quien construyó ese culo, pero lo quiero todo para mí.

—Si te conformas con imitaciones...

—A esta altura de mi pelada, muchacho, me conformo con cualquier cosa. ¿No es injusto que los hombres perdamos nuestro cabello, y con él la posibilidad de ganarnos a una buena mujer, por un exceso de testosterona? ¿Para qué nos sirve tanta, si no tenemos con quien gastarla?

Un hombretón rubicundo se acercó hasta ellos.

—¿De qué hablan?

—Mujeres —respondió aquel caballero, mientras se peinaba el desierto de su cabeza.

—¡Ah!... De seguro del bombón que está a punto de comerse nuestro amigo Ezequiel. ¡Mírenla bailar! ¡Qué culo!

—¿No fue en la página de tu “Perfiles” que la nombraron “el culo del año”?

—¡No! ¡No ofendan!... Mi revista es más seria que eso. ¡Somos periodistas!

Ezequiel Cárdenas se burló.

—Por favor, señores. En esta fiesta de periodistas, el único que concurrió a la cita he sido yo.

—Y por cierto... ¿por qué lo hiciste? Tú odias este tipo de eventos.

—Nanín insistió.

—¿El culo mágico?

—Sí.

—Entonces todavía no te has acostado con ella. Las mujeres no te duran tanto como para que tengas que molestarte en complacerlas.

—Así que esta noche será la gran noche. ¡Qué culo tienes, Cárdenas!... ¡Y qué culo tiene ella!

—No sé que los entusiasma tanto —replicó Ezequiel—. La verdad es que viéndola bailar así, anticipo que mi velada será muy aburrida.

—¿A qué te refieres?

—Tengo una teoría sobre las mujeres, la cama, y el baile.

—¿Qué te importa como bailan? A mí con que cierren los ojos, y abran las piernas, me basta.

—Escucha a Cárdenas, Rossi... —dijo el otro en tono burlón—. El muchacho nos va a ilustrar con su “teoría”. Y él es todo un experto en mujeres. Por algo sus métodos de conquista aparecen en Internet.

—¿En Internet? —se extrañó Rossi.

—Busca su nombre, y... —comenzó a explicar el editor de Perfiles.

Pero Cárdenas no lo dejó continuar.

—Eso lo escribió una amante despechada —informó.

—Una que no sabía bailar —se burló Rossi.

—Presten atención y aprendan de este pibe —les ordenó Ezequiel, que pese a ser el más joven de la mesa, era reconocido por los demás como el de mayor experiencia—. En materia de mujeres, puede saberse mucho acerca de su rendimiento en la cama, sólo viendo como se mueven al

bailar. Tomemos a la bella Nanín, por ejemplo... Es obvio: la muchacha es frígida... Se nota a la legua.

—¡Imposible que sepas eso, Cárdenas! A mí me llevó veinte años, y un divorcio, enterarme de que mi mujer lo era, ¿y tú pretendes saberlo por la forma en que la niña mueve el culo? Y si así fuera..., esta, en particular, lo mueve divino.

—No seas estúpido, Rossi. ¡Mírala bien! Claro que sabe la coreografía. De hecho, creo que es bailarina profesional. Pero si la observas, notarás que en ningún momento se abandona al ritmo. ¡Y el pobre fulano con el que está bailando! Podría ser abducido por un OVNI, delante de sus ojos, y ella ni lo notaría, pendiente como está en mostrarse. Baila para la foto, y estoy seguro que, de la misma forma, sólo debe hacer el amor para obtener algo a cambio.

—A mí no me importa por qué se mete en mi cama, en tanto no se salga de ella hasta que yo quede satisfecho.

—Tú te conformas con poco, Rossi, pero a mí me gustan las mujeres ardientes. Por desgracia, cada vez quedan menos. La mayoría histeriquean hasta en la intimidad. Y esta no parece ser la excepción.

—Eres muy exigente, Cárdenas... Vamos a ver... Aquí, ¿hay alguna que valga la pena, según tu teoría?

—Déjame analizar el panorama... No... En su mayoría son modelos, más preocupadas por el culo de la competencia, que por el de un hombre.

—Entonces ninguna de estas bellezas pasa tu prueba.

Ezequiel Cárdenas volvió a perder su mirada restallante en la pista de baile apenas iluminada.

—¡Aquella!... Sí, aquella... Mírenla... Miren como seduce a su compañero. Como mueve las caderas, invitante, abandonada al ritmo. Sí... ¡Esa es una mujer! Sabe exactamente como seguir el compás... Como entregarse al placer...

—¿Cuál? ¿La del cabello hasta el culo?

—¡Esa!... —asintió Cárdenas—. Esa es una mujer sensual. Una mujer que vale la pena. Una mujer que...

Ezequiel se calló abruptamente, hipnotizado quizás por el vaivén de aquellas caderas que ahora los tres caballeros miraban sin recato.

—¿”Una mujer que...”, qué?... Termina la frase, Cárdenas... ¡Cárdenas!... ¿Qué hay con esa mujer? ¡Cárdenas! ¿Qué te ocurre?

Pero el tal Rossi tuvo que sacudirlo para que su amigo reaccionara.

—¡Cárdenas!

—Sí... Sí... ¿Qué me decías? —respondió, haciendo obvios esfuerzos por alejar su mirada de la pista.

—¿Qué hay con esa mujer?

—Nada... ¿Todavía sigues interesado en mi muchacha?

—¡Por supuesto! Como te dije, no soy tan exigente, como desesperado.

—¿La quieres, o no?

—No jodas, Cárdenas —se enojó el dueño de Perfiles—. Es una mujer, no un auto usado.

—¿Por qué te espantas? Ni un taxi ha recorrido tanto camino como ella. Además, no la estoy vendiendo, sino regalando. ¿La quieres, Rossi?

—¡Por supuesto!

Cárdenas no esperó más. Se puso de pie, y fue directo a la muchacha.

—¡Nanín! Ven aquí —le ordenó.

Obediente, la joven se aproximó. Vista de cerca era todavía más imponente, a causa de su altura y la solidez de su porte.

—Este es Gerardo Rossi, Nanín. Es el editor de la revista “Apariencias”.

Los bellos ojos de la muchacha se entrecerraron, mientras continuaba escuchando a su compañero.

—Estábamos discutiendo con él, porque yo le dije que eras la persona ideal para su próxima portada. Pero Gerardo insiste en que te falta sensualidad.

—¿Cómo puedes creer eso, “Gerard”? —preguntó la muchacha en tono invitante.

Cárdenas continuó.

—Así que, como me salió algo imprevisto, y me veo forzado a dejar nuestra cita para otro día, pensé que él podría llevarte a casa para conocerte un poco más. ¿Qué te parece?

Rossi contemplaba la escena con la boca abierta de excitación, mientras que la joven se notaba claramente desilusionada.

—No sé, querido... Yo creí que...

Pero Cárdenas no la dejó concluir. Por el contrario, se dirigió directamente a su amigo:

—¡No, Rossi! No pongas esa expresión de disgusto. Tienes que hacerme el favor de llevarla. Verás como ella puede ser mucho más vendedora que Raquel Díaz.

—¿Raquel Díaz?! —preguntó la muchacha, cobrando repentino interés en el viejo editor de Apariencias—. Yo soy mucho mejor que esa vieja. Yo soy el futuro.

Ezequiel Cárdenas sonrió, encantado. Para él, por fortuna, aquel maniquí ya era parte del pasado.

Y tomando su vaso de whisky con la mirada fija en la pista de baile, se sentó a planear la forma de atrapar a su nueva presa. No podía darse el lujo de fallar.

Esta vez era caza mayor.

—¡Te dije que ibas a lograrlo! Era cuestión de buena voluntad, Juan Pablo.

Paula entrecerró sus bellos ojos castaños mientras tomaba su vaso de gaseosa. Su compañero se dejó embriagar por su vitalidad. Sí, claro que a su lado podía bailar. Y es que junto a ella se sentía capaz de todo. Bueno, de todo excepto de lo que de verdad quería hacer. Sí, porque durante toda la velada, viéndola moverse frente a él, acariciarlo con dulzura, jugar con su deseo, su sexo había explotado mil veces, y otras tantas se había tenido que calmar. Ahora mismo, con aquel aroma de su cabello penetrando sus sentidos, se sentía indefenso y dispuesto. Muy dispuesto.

—Al menos nos divertimos —insistió Paula—. Porque, seamos sinceros, venir hasta aquí no ha servido para otra cosa. Como te dije, periodistas sobran, y nadie está interesado en contratar a una novata. Y, si te fijas, tiene lógica. Tú has trabajado en el diario de tu familia desde los catorce, te has recibido con honores, tienes artículos publicados que han causado revuelo en toda la provincia, y apenas conseguiste hacer notas pagas para una revista patética. ¿Qué puedo esperar entonces yo, que ni siquiera he logrado que me publicaran una reseña mortuoria?

—¡Eso no quiere decir nada!... Durante años has trabajado codo a codo con Bru y conmigo. Sabes más de periodismo que muchos de los que están en este lugar.

—¡Si eso sirviera para un currículum! Asumámoslo, amigo... Entrar al negocio me va a llevar mucho tiempo. Por uno o dos años tendré que resignarme a los trapeadores.

—¡No voy a permitirlo! —repitió el otro, indignado.

Pero, por fortuna, su amiga no lo escuchó.

—Igual, Juan Pablo, te agradezco por invitarme. La verdad es que desde la muerte de Bru que no bailaba... Si te voy a ser sincera, creí que no iba a volver a hacerlo nunca más. Y, de hecho, no me hubiera animado si no se hubiera tratado de ti... ¡Pero bailar contigo me trajo un montón de recuerdos!... La casa de tus padres, las tardes que pasamos juntos, preparándonos para nuestra primera fiesta... ¿Cuántas horas de mi vida invertí tratando de que aprendieras los pasos mínimos? ¡Y todavía no lo has logrado! ¡Mira que eres duro, Juampi!... Pero, como sea, esta noche me divertí mucho.

—Yo... yo también.

—Ahora mejor me llevas a casa —pidió la muchacha, poniéndose de pie—. Mañana tengo que levantarme temprano.

—¿A tu casa? Yo... Yo...

—Para cuando termines la frase ya será de madrugada —se burló ella, para agregar, mientras lo tomaba de la mano, y lo empujaba para obligarlo a ponerse de pie— ¿Vamos?

Pero fue en aquel impulso de pararse, que Juan Pablo se dejó arrastrar por ese otro impulso y, aprovechando la cercanía de aquel cuerpo que lo hacía enloquecer, la tomó por la cintura, la apretó entre sus brazos, y mirándola como nunca antes se había atrevido a hacerlo, le dijo:

—No. Esta noche quiero que tú y yo hablemos.

Paula se estremeció.

—Siempre hablamos —respondió la muchacha en tono suave, rehuyendo aquella mirada de él que le resultaba desconocida.

Pero esta vez Juan Pablo estaba determinado a no dejarla escapar. Volvió a arrastrarla hacia sí, obligándola a encontrar otra vez sus ojos.

—Necesito que vayamos a algún sitio tranquilo —insistió—, porque no quiero que tengas excusas para no escucharme. Aunque creo que ya sabes lo que tengo para decirte, y que he callado durante muchos años.

Fue tanto el esfuerzo para él, y tanto el embarazo de ella, que finalmente la soltó, y juntos, en completo silencio, se dirigieron rumbo a la salida.

Paula estaba conmocionada. Desde que había llegado a la Capital, se había convertido en una experta en rechazar a los hombres. La mayoría de ellos eran idiotas malintencionados. Tipos a los que prefería no volver a encontrar nunca más en su vida. Pero Juan Pablo era otra cosa. A él no quería perderlo. Lo amaba demasiado. Era su

amigo del alma. Su reserva de afecto en el mundo... ¿Entonces por qué ahora la miraba así, si siempre...? Siempre... ¿Siempre?

A diferencia de lo que solía ocurrir, esta vez era Juan Pablo el que la arrastraba a ella.

En su camino al estacionamiento, Paula se mostraba tan cabizbaja y vacilante, como él parecía seguro y feliz. ¡Por fin el amor de su vida iba a enterarse de ese sentimiento que había escondido durante tantos años!

La muchacha, en cambio, estaba asustada. Muy asustada. El niño tímido con el que se había criado, era ahora un desconocido.

¿Siempre?

—Señor..., ¿su auto es ese azul, no? —preguntó un muchacho que les salió al encuentro.

—Sí —respondió Juan Pablo, sin por eso perder de vista a su compañera.

—Pues lamento informarle que no se lo puedo traer.

—¿Cómo?!

—Tiene un neumático bajo. Por el piso.

—¿Cómo?!

Se acercaron hasta el auto. En efecto, y como si fuera un signo de Dios, el neumático estaba partido al medio por un gran tajo.

Enfurecido, Juan Pablo comenzó a discutir con el pobre empleado, que trataba vanamente de calmarlo. Y fue cuestión de segundos para que estuvieran protagonizando un pequeño revuelo en aquel lugar desierto.

De la nada apareció otro de los invitados a la fiesta. El frío apretaba, y el hombre llevaba altas las solapas de su traje, así que no fue hasta que estuvo junto a ellos, que Paula pudo verle la cara.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció el recién llegado.

—¡Cárdenas! —susurró la muchacha.

—¡Berta!... ¿Eres tú?... ¿Qué haces por aquí? —le respondió él, fingiendo sorpresa.

La joven lo contemplaba ahora con desconfianza.

De todas las personas en el mundo...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cárdenas, desviando su atención hacia los dos contendientes.

El chico encargado del lugar aprovechó la presencia de un testigo para hacer su descarga.

—El señor me acusa de haber tajeado su neumático, como si yo ganara algo con eso.

—Digo que... —inició la frase Juan Pablo, pero al descubrir la identidad del recién llegado, se calló de inmediato.

Por un segundo aquellos dos hombres se midieron como rivales. Pero por fin fue Cárdenas el que ablandó el gesto.

—Si te sirve de algo —comenzó a decir Ezequiel—, la otra noche me ocurrió lo mismo. Después descubrí que el daño se había producido por unos vidrios. Los dejan en las calles vecinas, para que la gente se detenga, y así poder robarles. Tuviste suerte de que el neumático aguantara hasta aquí... Disculpa, no me he presentado. Soy...

—Lo sé —lo cortó su oponente.

—Él es Juan Pablo Pavón, de la revista Perfiles —intervino Paula, ante el silencio tenso que se había creado.

—¿Este es uno de los autos de Perfiles, no? —preguntó Cárdenas, tratando de suavizar la situación—. Busca el repuesto en un cajón metálico que está abajo del baúl. Si este muchacho nos ayuda, lo cambiamos rápidamente, y así podrás irte de aquí antes de que la dama se congele.

Juan Pablo lo miró con odio, pero lo obedeció.

El hermoso salón estaba ubicado cerca del río, y el viento que corría por aquella hora de la madrugada allí era glaciador, a pesar de estar todavía a fines del verano. Así que mientras su rival buscaba el repuesto, Cárdenas se quitó el saco y se lo alcanzó a Paula

—Toma, Berta...

—No, gracias —respondió ella secamente.

—Es evidente que tienes frío —insistió él, mientras en forma insolente clavaba su mirada en los pechos de la muchacha— ¿No deberías cubrirte?

En efecto, ahora los pezones de ella se marcaban con claridad a través de la tela liviana de su vestido, dando un insinuante aspecto de desnudez.

Más furiosa que avergonzada, la joven lo obedeció. Él la ayudó a cubrirse, y por un instante quedaron atrapados en una proximidad extraña para los dos.

—¡La puta que lo parió! —refunfuñó Juan Pablo en la distancia, agachado abajo del automóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cárdenas con tono sorprendido.

—¡Me han robado el neumático de repuesto! ¡El cajón está suelto!

—¡Qué país! —se conmovió Ezequiel—. Deberás llamar al auxilio de la editorial.

—Lo haré mañana. ¿Vamos, Paula?

—¡No! ¡Espere! —se quejó el encargado— Aquí cerramos luego de este evento, y no volvemos a abrir hasta el próximo. Y eso puede ser dentro de una semana... ¡No puede quedar ningún auto!

—Entonces no podré ayudarte —se excusó Cárdenas, dirigiéndose a Juan Pablo— Lo lamento, porque será una noche larga para ti... Pero no tiene sentido que los dos se

congelen. Si me permites, puedo llevar a tu dama hasta su casa.

Mientras decía esto, Cárdenas, que conocía de sobra cual iba a ser la reacción de su oponente, estaba atento, en cambio, a la de su empleada.

Pero, como siempre, Paula lo sorprendió.

—¡Perfecto! —dijo, encantada, (demasiado encantada)—. Si usted me acerca hasta mi casa me hace un favor.

Su jefe la miró con desconfianza. Nunca había albergado la menor duda de que finalmente Paula iba a irse con él cuando acabara la velada. Pero lo que no se había atrevido ni remotamente a sospechar, era que, convencerla, le iba a resultar tan fácil. Allí había gato encerrado.

Sí, su empleada estaba extrañamente agradecida por su propuesta. El tal Juan Pablo, en cambio, y de acuerdo a lo previsto, gritaba enfurecido.

—¡Ella no necesita que nadie la lleve! ¡Ya mismo llamo al auxilio, y...!

—Hace mucho frío —insistió Cárdenas en tono calmado.

—Sí... Mucho frío —apoyó la joven.

Y bastó semejante insistencia para que su jefe le clavara el destello de su mirada helada y, sonriendo, añadiera:

—Claro que no quisiera entrometerme entre ustedes. Si esto es una cita...

—Es una cita.

—No es una cita.

... respondieron uno y otra al unísono.

Pero, como siempre, fue Paula la que se impuso.

—Juan Pablo es un buen amigo —le explicó a Cárdenas—. Como yo, es de la provincia de Mendoza, y nos criamos juntos. En otras circunstancias me encantaría acompañarlo, pero usted me pidió que mañana entrara más temprano a trabajar, ¿lo recuerda?

—Si quisieras quedarte con él, lo entendería —replicó su jefe, por pura maldad.

—Prefiero... —comenzó a excusarse la joven.

Pero Cárdenas, apiadándose por fin, no la dejó continuar.

—Tienes razón... Hace demasiado frío, y no podemos darnos el lujo de que te enfermes y faltes al trabajo. La próxima semana va a ser dura —Y luego, dirigiéndose directamente a Juan Pablo, añadió— Tendrás que convencerla para que se marche conmigo.

—Yo... Yo... —comenzó a tartamudear su oponente, enfurecido.

Pero fue inútil. El chico del estacionamiento ya había acercado el lujoso modelo deportivo importado de

Cárdenas, y ella, la mujer que Juan Pablo había amado en secreto toda su vida, estaba subiendo a él, para alejarse.

Otra vez.

* * *

Cárdenas aprovechó la espera frente a la barrera del estacionamiento para contemplar a su acompañante. Se veía furiosa y molesta. ¡Justo como a él le gustaba!

La barrera se elevó, pero, a poco de traspasarla, Ezequiel volvió a detener la marcha. Paula lo miró confundida, y él se limitó a echarse sobre ella con delicadeza.

—¡Ey! —chilló la muchacha, intentando apartarlo.

Pero él, lejos de tomar distancia, casi rozándola todavía, se limitó a sonreír.

—No puedes viajar sin cinturón de seguridad, ¿me permites?

—Puedo sola —le respondió.

Y bastó escucharla para que su jefe tomara distancia. Por unos segundos la observó buscar el maldito cinturón, sonriente.

—¿Dónde está? —se rindió Paula, al fin.

—¿Ahora sí, me permites? Estos autos pequeños son complicados.

Con suavidad volvió a echarse sobre ella, mientras la rodeaba con su brazo.

Y quizás por tanto baile, o porque hacía mucho que no estaba con un hombre de verdad, Paula se puso a temblar.

Ezequiel le colocó el cinturón, la miró a los ojos como si pudiera presentir aquella sensación que la embargaba, y luego arrancó con suavidad.

La mirada de su jefe recorriéndola, cada vez que un semáforo los detenía, hacía estremecer a Paula. Aquella proximidad era inquietante, y la ponía en desventaja. Y a ella no le gustaba estar en desventaja.

—Canela —murmuró Cárdenas, rompiendo aquel silencio tenso.

—¿Cómo?

—Nada.

Luego la miró con descaro, y, señalando su cabello, preguntó: —¿Extensiones?

—Falta de dinero para cortarlo —replicó su acompañante, sin un dejo de coquetería.

Y tanta sinceridad hizo sonreír a aquel galán.

Lanzado en medio de la noche, aquel auto veloz parecía acariciar el camino. Por unas calles permanecieron en silencio, sin mirarse, pero por fin fue de nuevo Cárdenas el que habló.

—Así que me estabas siendo infiel... ¿Ves? Tienes que tener cuidado cuando me traicionas, porque, tarde o temprano, termino enterándome.

Paula empalideció.

—¿A qué se refiere?

Cárdenas desvió la mirada hacia ella, y disfrutó de su embarazo.

—Vamos, Berta... No hay muchos motivos para ir a una fiesta así. Y por la cara de decepción de tu galán, me queda claro que no lo has hecho por la compañía.

Su empleada le devolvió una mirada furibunda.

—Por cierto, podría haber sido un poco más gentil, y facilitarme la huida –le reprochó.

—El chico me dio lástima... De verdad parece enamorado.

Paula clavó la vista al frente, para evitar que su acompañante notara hasta que punto la habían afectado sus palabras.

Pero Cárdenas continuó, impiadoso.

—Así que si descartamos un interés romántico en esa especie de Clark Kent...

—¿Cómo lo llamó?

—Clark Kent. Es periodista, es tímido, bastante musculoso...

—¿Se está burlando de él?

—¿Te importa?

—¡Por supuesto! Juan Pablo es mi amigo, y yo lo quiero mucho.

—Pero, por lo visto, no lo suficiente.

Y bastó aquel reproche para que Paula volviera a encerrarse en su mutismo.

—¿Sabes cuál es el problema contigo, Berta? Que a diferencia de las demás mujeres, tú permaneces demasiado tiempo callada. Y así nadie puede saber lo que quieres. Como ahora, por ejemplo. Hace quince minutos que estoy andando, y todavía no me has dicho que es lo que tengo que hacer para complacerte.

—¿Para complacerme?

¿Qué extraña elección de palabras era esa?

—Todavía no me has dicho adonde vives.

—Está yendo en la dirección correcta. Vivo en Palermo Viejo.

—“Palermo Sensible”, como les gusta llamarlo ahora. Y está bien. Imagino que todos los viejos, tarde o temprano, se vuelven sensibles. Es una virtud que suele venir de la mano de la sabiduría y los años.

“Aunque yo, en su caso, no me confiaría”, pensó Paula, que cada vez más admiraba a su jefe sólo por su inteligencia.

Otra vez el silencio.

—¿Siempre eres así de callada?

—No. Con la gente con la que me siento cómoda hablo sin parar.

—Ah... Ahora entiendo.

—¿Qué?

—El motivo por el cual estabas en esa reunión. No te sientes cómoda conmigo, y por eso quieres irte con alguien más... Creí que tu trabajo en mi casa te gustaba.

—Me gusta —se apuró a decir con sinceridad.

—Pero...

—Pero entenderá que no puedo pasarme la vida limpiando pisos.

—Quieres ser periodista.

—Usted ya lo sabía.

—¿Y por qué quieres ser periodista?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Por qué quiso usted ser periodista?

—El tío con el que me crié trabajaba para la CNN. Recorro redacciones desde que tenía diez años. El periodismo es mi vida. Pero no la tuya. Ni siquiera fue lo que estudiaste.

Paula tardó unos minutos en poder responder. El pasado quedaba demasiado cerca, y era muy doloroso asomarse a él.

—Quería ser diplomática.

Semejante confesión arrancó una carcajada de su jefe.

—¿Diplomática?! ¿Tú?!... Créeme, no tienes más cualidades para eso que las del mismísimo Bin Laden. Te falta humildad.

“¡Miren quién habla!”, pensó Paula de inmediato. Pero una vez más calló.

—Si quieres ser una periodista de verdad —continuó su jefe—, no hay nada que esos idiotas de la fiesta puedan ofrecerte. Yo soy el único que vale la pena en este país. Y tú ya trabajas conmigo.

—Como asistente domiciliaria.

—Como periodista, y como asistente domiciliaria, ¿o no te has dado cuenta que desde hace un mes te tengo revisando artículos para que los corrijas?

—Sí, pero... Pensé que lo hacía para ocupar mi tiempo...

—¡Mujer necia! ¿No viste que la nota sobre la aduana salió al aire exactamente como tú lo sugeriste? ¿No ves “RLP”?... ¡¿Nadie lo ve?!

—No tengo televisor.

—¡Es el colmo!... Como sea, ya había pensado incorporarte al staff permanente.

—¿Quiere que deje de ser su asistente domiciliaria?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Quiero que, además, participes en las reuniones del equipo. Igual, ya hace un tiempo que decidí llevarlas a cabo en mi casa. No me siento demasiado seguro en la oficina.

—Y usted quiere que, por el mismo sueldo...

—No. Por supuesto que no. Ganarás mil quinientos pesos más. Y si sumas eso con lo anterior, y lo comparas con lo que le pagan a tu amigo en Perfiles, entenderás por qué tienes que estarme eternamente agradecida.

Por un segundo Paula calló, tratando de descifrar lo que ocultaba aquel hombre mentiroso.

Pero luego lo encaró.

—¿Por qué hace esto?

—¿Qué?

—Ofrecerme una oportunidad por la que otros matarían.

—Porque eres buena limpiando, y no quiero perderte.

Paula lo observó con enojo, y él aprovechó su atención para desnudarla con la mirada.

—Mira, Berta... —le reprochó—. Creo que eres lo suficientemente necia como para no darte cuenta que no es bueno encender a un amigo, si no quieres quemarte... Pero no creo que lo seas tanto como para ignorar que, a pesar de todo, eres una periodista que vale la pena... ¿Es por aquí?

—Doblando, la tercera casa a la izquierda.

Cárdenas detuvo el auto, pero antes de que Paula lograra accionar la puerta para bajarse, él cruzó su brazo y parte de su cuerpo sobre ella.

—Ya estás grandecita para saber que con los hombres, aunque parezcan inocentes, no se juega, ¿no? —le dijo él, penetrándola con aquella mirada fría.

Pero esta vez su empleada se envalentonó. Le devolvió la misma frialdad, y, obligándolo a quitar el brazo, le respondió —Es un muy buen consejo. Y lo pienso aplicar desde este mismo momento. De ahora en más, no voy a permitir malos entendidos.

Cárdenas sonrió, por ocultar su decepción.

—Espera aquí... Aguarda a que te abra...

—No se moleste —se apuró a decir ella.

Pero igual lo tuvo que obedecer. En aquel maldito auto nada se encontraba a la vista.

En segundos su jefe ya le había abierto la puerta, tendiéndole una mano para ayudarla.

¿Ayudarla?

Fue cuestión de bajarse, para que una vez más Paula fuera víctima de aquel extraño estremecimiento. Cárdenas era demasiado alto, demasiado fuerte, demasiado hombre, como para que su cercanía no conmocionara a una mujer bien plantada como ella.

Por un segundo se quedaron allí, parado uno frente al otro, al lado del auto, sin reaccionar. Una no podía hacerlo, y el otro no quería.

Un auto los obligó a buscar el refugio de la vereda.

—Su saco —dijo ella, alargándoselo.

—Me lo traes mañana.

—Prefiero que no... Además ya no lo necesito.

Paula se apuró a abrir la puerta de calle, pero su jefe, una vez más, la retuvo.

—¿Vives sola? —preguntó.

Anticipando la respuesta de la muchacha, y como llegada de ninguna parte, apareció Greta. ¡Greta!... ¡Maldición! Juan Pablo estaba en lo cierto. La niña se vestía como una puta, y su compañera sintió algo de vergüenza al presentarla. Cárdenas, en cambio, parecía

encantado con ella, y por unos minutos se quedaron conversando, mientras Paula los observaba con espanto.

—Bueno, tengo frío... —comenzó a decir— Y además, mañana debo entrar temprano al trabajo.

—Llega cuando quieras —concedió él con una sonrisa.

Pero lo último que quería su empleada, en ese preciso momento, era aquel tipo de familiaridades. Todavía no estaba muy segura de los verdaderos motivos de su jefe para promoverla, y temía que todo aquello terminara obligándola a renunciar a su empleo, (el nuevo, y también al anterior) Así que se apuró a decir

—Llegaré en mi horario, como corresponde.

—¿Quieres que hagamos una apuesta? Estoy seguro de que te vas a retrasar.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque ahora que has descubierto su doble personalidad, Superman no va a permitir que te alejes. Piensa en eso cuando te levantes, Luisa Lane... —Luego dirigiéndose a Greta, agregó— Ha sido un gusto conocerte. Me encantaría que nos encontráramos otra vez. No hay nada más placentero que una mujer a la que no hay que arrancarle las palabras... Eres encantadora... —Y mirando a su empleada, concluyó en tono condescendiente— Hasta mañana, Berta... Y no te preocupes, la apuesta no tiene valor. No me gusta robarle el dinero a nadie.

Diciendo esto, y sin aguardar más, Ezequiel Cárdenas se fue de allí como solía hacerlo siempre: como todo un ganador.

—¿Superman..., Luisa Lane?... ¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Greta.

—Que estoy frita —fue la sucinta respuesta de su amiga.

Y no exageraba.

* * *

Paula no podía dormir.

Por supuesto que quería pasar el resto de su vida con Juan Pablo, porque siempre había sido así. Desde que tenía memoria, habían estado juntos. Podía imaginarse compartiendo con él todo: la casa, los hijos...

¡Pero el sexo!

Y no porque él no fuera hermoso. Más allá de la reacción desmesurada de Greta, muchas veces había sido testigo de los suspiros que Juampi arrancaba a las damas. Sus rasgos estaban bien definidos, y su cuerpo era musculoso. Y en tantos años de vagar juntos, incluso una vez lo había visto en su versión completa. ¡Qué risa! Habían salido a una de esas deliciosas excursiones a la alta montaña que solía hacer cuando todavía era soltera. Se suponía que ella y su amiga Clarisa iban a cocinar, pero, como una travesura, habían decidido a último momento

seguir a los dos varones a la distancia, sin imaginar lo que les esperaba al final del camino. Hacía un calor pesado, y Bru y Juan Pablo habían aprovechado la frescura del río para bañarse desnudos. Todavía se estremecía al recordar esa imagen. Aquello cuerpos poderosos, jugueteando como dos pequeños leoncitos, mientras el sol y el agua los acariciaba. Su fuerza. Su vitalidad. Pero mientras que contemplando a Bru se había quedado sin aliento, Juan Pablo sólo le había causado gracia. Y no porque fuera menos viril o dotado que su futuro esposo, sino porque..., ¡vamos!, era Juampi. Su amigo. Su hermano.

No. No podía darse el lujo de perderlo... Y, por cierto, no podía pensar en un compañero más a su medida, pero..., ¿se podía ser feliz en un matrimonio sin sentir esa chispa del sexo? Junto a Bru, no le habían alcanzado las horas del día para amarlo. La pasión solía asaltarlos allí donde estuvieran. Y cada encuentro sólo la hacía desearlo un poco más. A su lado, ardía...

¿Podría volver a sentir algo semejante?

Y llegada a aquel punto de su discurso, Paula daba otro giro en la cama, y abría un poco más los ojos, a pesar de la oscuridad. Porque el problema no era sólo lo que no sentía por Juan Pablo, sino también esa extraña sensación que había tenido junto a Cárdenas aquella noche. Esa palpitación entre las piernas que sólo había servido para inquietar un poco más su alma. Y es que el tipo, obviamente, era un profesional también en eso. Sabía como enloquecer a una mujer, y de seguro era muy capaz de

despertar en ella aquel deseo dormido desde la muerte de Bru. Pero, si además del sexo, buscaba algún otro rasgo de humanidad en él...

Y entonces daba otra vuelta en la cama.

Ese era su dilema. Por un lado, un hombre perfecto, sincero y leal, aunque algo torpe, le declaraba su amor más desinteresado, y por el otro, un seductor experimentado como Cárdenas, le proponía un vuelo directo al infierno, pero con una brevísima estadía en aquel paraíso del deseo, que alguna vez había recorrido como propio. Sí, porque Paula no se tragaba todo ese extraño asunto del neumático. Y mucho menos después de haber visto como su jefe le alargaba en la oscuridad al menos trescientos pesos al encargado del lugar. ¿Quién daba propinas de cien dólares por estacionar? ¡No! Aquel encuentro no había sido en absoluto casual, sino otra muestra de la maldad reconcentrada de aquel hábil mentiroso para el que trabajaba. Pero esta vez, de tan retorcido, Dios lo había forzado a hacer algo correcto. Sí, porque aquel alambicado ardid le había facilitado a ella el tiempo que necesitaba. Un tiempo para dar vueltas en la cama, y así poder decidir.

Hasta el día anterior, imaginar a Juampi como su amante le hubiera resultado a Paula tan impensado como impensable. Cárdenas, en cambio... Su interés hacia ella estaba totalmente dentro de lo previsto. Su jefe era un coleccionista, y las mujeres no significaban para él mucho más que un nuevo cuerpo para avasallar. Y así como almacenaba videos, acumulándolos en el fondo de un

armario, aquel frío galán conquistaba amantes para apilarlas en algún lugar recóndito de su memoria. Era, a no dudarlo, un voraz recolector de historias, en las que participaba sólo como espectador. Su corazón, (si es que lo tenía), jamás se involucraba, pendiente como estaba de alguna otra novedad.

Desde el principio había sabido que, tarde o temprano, la figurita faltante iba a terminar siendo ella, sobretodo luego de escuchar el discurso con el que la había recibido, acerca del efecto devastador que causaba en las mujeres.

Sí... Tarde o temprano.

Y por las atenciones que había tenido su jefe para con ella durante la noche, aquel momento tan temido, (¿?), había llegado.

Y le bastaba pensar así para que Paula diera otra vuelta en la cama.

Durante esos meses en la ciudad, varios hombres habían intentado despertar su deseo. Y, por supuesto, eso no incluía al pobre Juampi, que nunca se había atrevido a ponerle ni siquiera una mano encima. Algunos se habían acercado a ella con arte, otros con dulzura, e, incluso uno había recurrido a la violencia. Pero ella, como si nada. Como si su único órgano sexual fuera su voluntad. ¡Si hasta el bello Guido Méndez la había rozado en varias oportunidades, sin lograr ni siquiera inquietarla!

¡No! Obviamente el único talentoso para la conquista era Cárdenas. De él, un mentiroso profesional, con una inteligencia tan desarrollada como sus músculos, era de quien tenía que cuidarse para no salir lastimada. Claro que aquel trabajo soñado, (una oportunidad que no podía darse el lujo de rechazar), servía para empujarla un poco más hacia sus brazos. Y es que si antes, compartiendo sólo unos pocos ratos del día en aquel departamento desierto, la intimidad entre ellos dos había sido inquietante, ahora, multiplicadas las horas, se iba a terminar volviendo.... una tortura.

De nuevo Paula giraba en la cama, como si lo hiciera en un carrousell.

Y entonces volvía a pensar en Juan Pablo, y su mirada triste.

Y en Bru, en aquel río, con el sol quemando.

Y en Cárdenas...

Y en aquel calor que tanto necesitaba, y que cada vez parecía más lejos de poder alcanzar.

* * *

Como si hubiera sido la protagonista de una novela de suspenso, Paula recorrió el camino al departamento de Cárdenas con la respiración anhelante, atenta a cada movimiento a su alrededor, pendiente de toda sombra que la acechara. Y ya casi estaba por alcanzar la entrada del

lujoso edificio de la avenida del Libertador, cuando, de la nada, asomó aquella figura que, por conocida, no le resultaba menos extraña.

—¡Paula!... Te estaba aguardando.

—Yo también te esperaba, Juan Pablo.

—Necesito hablar contigo.

—Sí, necesitamos hablar... Pero no aquí. A dos calles hay un barcito.

—Si quieres, podemos quedarnos en este —sugirió el muchacho, señalando el de la esquina de la casa de Cárdenas.

Pero lo último que Paula necesitaba en ese momento, era toparse, además, con su jefe.

—Prefiero el otro —respondió con sequedad.

Recorrieron en silencio la corta distancia que los separaba de aquel lugar, con la reverencia propia del último viaje del condenado y su verdugo. Pero, ¿cuál de ellos sería el encargado de soltar la guillotina sobre las ilusiones del otro?

Todavía Paula no se había sentado, y ya su amigo intentaba atropelladamente hacerse cargo de la situación.

—Quiero que, por primera vez en tu vida, Paula, me escuches sin interrumpir.

—Si he venido hasta aquí, Juan Pablo, ha sido precisamente porque prefiero no hacerlo. Hay cosas que no deben decirse nunca entre dos buenos amigos.

—Pe... pero...

—Nunca necesitaste hablar para que yo me diera cuenta lo que querías decirme. Pero ayer conocí una parte de ti que no sabía que existía.

—O que no querías ver.

La joven lo miró desolada antes de proseguir.

—¿Cuántas noches hemos despertado uno al lado del otro, Juan Pablo? ¿Cuántas, hemos charlado hasta el amanecer, los dos solos, mientras Bru dormía? ¿Cuántas veces bailamos apretados tú y yo, como lo hicimos anoche?... ¿Crees que si hubiera sospechado entonces lo que te estaba pasando, hubiera permitido que te aproximaras así? ¿Piensas que Bru lo hubiera permitido?

—Bru sabía —murmuró el otro, con encono.

Pero, por fortuna, Paula no lo escuchó.

—No, Juan Pablo... Te vi y te sentí siempre como a un hermano, y como a tal te he tratado. Y ahora tú me pides que de un día para el otro, cambie mi cabeza, y mi corazón.

—¿Entonces tu res... tu respuesta es no?

—Mi respuesta es “no me esperes”. Sigue adelante. Trata de enamorarte de otra. Y si es de Dios que un día

terminemos juntos, estoy segura que encontrará alguna forma de volver a unirnos.

—¿Me estás echando de tu vida? Yo no puedo respirar si no te tengo...

El corazón de Paula se ablandó ante aquel hombre que quería tanto. Y como solía hacer cuando lo veía así, lo acarició con ternura. Pero le bastó la reacción de él ante aquel breve contacto, su mirada inundada de ansias, para saber que las cosas entre ellos habían cambiado para siempre.

No. Por muy doloroso que fuera, no había vuelta atrás. Así como alguna vez había tenido que enterrar a Bru, ahora le tocaba el turno a aquel amigo, último bastión de un pasado en el que Paula había sido feliz.

—Escucha, Juan Pablo... Si has venido a la Capital para buscarme, puedes regresarte. Mendoza queda tan lejos de mí, como la felicidad. Pretender volver, sería como intentar dar vuelta las agujas del reloj... Pero si vas a quedarte por algún otro motivo, por supuesto que podemos seguir viéndonos... como amigos.

—¿Existe alguna remota posibilidad de que un día...?

—No me esperes. Si se da, se da.

Volvieron a mirarse como extraños.

—Me pregunto qué me hubieras dicho anoche, si ese maldito de Cárdenas no se hubiera cruzado en nuestro

camino. Estoy seguro de que fue él quien mandó cortar el neumático.

—Cárdenas no tiene nada que ver en esto. No lo veas como un rival. Lo único que a él le interesa es el sexo. Con llevarme a la cama se conformaría. Pero tú, no.

“No, claro que no”, pensó Juan Pablo. Pero... ¡cómo deseaba hacerlo!

—Tú me debes, Paula.

—¿Yo?

—Sí... Me debes una oportunidad.

—No entiendo...

—Sales con hombres... Vas a citas... Y sobre tu cabeza pende aquella promesa tonta que le hiciste a tu suegra. Quiero que me trates como a los demás. Que me des una chance.

—¡Eso es imposible! Te conozco demasiado.

—¡Me debes esa oportunidad!

¿Salir con Juan Pablo? Podía ser refrescante hacerlo, aunque fuera una vez, con alguien en quien confiara. Que compartiera con ella sus ideales y su Fe. Alguien a quien no tuviera que explicarle las verdades del catecismo, ni que la creyera una fanática sólo por defender sus convicciones.

—Sí —concedió Paula al fin—. Claro que puedo darte esa oportunidad que pides. Pero entonces vas a tener que conformarte con el mismo trato que le doy a los extraños.

—No me importa tener que conquistarte —le respondió él, con dulzura.

Y su mirada clara la acarició a través de los lentes.

Paula buscó en su cuerpo alguna reacción ante aquel gesto tan dulce. Pero no. Nada.

¿Juan Pablo? ¡Qué difícil!

—Ahora tengo que irme. Cárdenas me espera.

—¿Cuándo vas a dejar de jugar a la criadita?

—Bueno..., no te lo dije, pero mi jefe me promovió.

—¿A qué te refieres?

—Trabajaré en su equipo, ayudando con las notas.

—¿Y eso? ¿Desde cuándo? —se enojó Juan Pablo.

—Anoche.

—¿¿Anoche?! ¿Y qué otras cosas sucedieron anoche, y que todavía no me has contado? —le replicó, sin ocultar la ofensa que sus palabras implicaban.

—Ya empiezas mal conmigo, Juan Pablo. De ser un desconocido, te hubiera dado vuelta la cara de un sopapo. No te aproveches de nuestra amistad.

—No confío en Cárdenas.

—¡No! En la que no confías es en mí... Pero aquí, entre nosotros, él único que ha mentido siempre has sido tú.

—No confío en Cárdenas.

—Pues acostúmbrate que si reclamas los privilegios de un extraño, pierdes los derechos de un amigo. Mi vida es mía, y no tengo que rendirle cuentas a nadie. Y si voy ahora mismo, y me acuesto con Cárdenas, es asunto sólo mío.

—Y de Dios.

—Y de Dios... Pero tú no eres mi conciencia... Y ahora tengo que irme.

Paula no esperó más. Se puso de pie, tomó sus cosas, y se dirigió con paso firme hacia la salida. Pero todavía no había llegado a la puerta, cuando Juan Pablo la interceptó.

—Entonces... ¿pu... puedo pasar a buscarte esta noche para ir a cenar?

—Quizás mañana. Llámame.

La joven se soltó, apurándose a salir. Pero apenas había puesto un pie en la acera, cuando ya estaba de vuelta.

—Ahora que lo pienso, Juan Pablo..., ¿tú no estabas saliendo con Georgina?

* * *

—¡Georgina!

—Ahora no puedo, mamá —replicó la muchacha, justo antes de que una nueva catarata de vómito la tomara por asalto.

—Hija —susurró su madre, desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño—. ¿Estás segura de que no quieres que llame a un médico?

“¿Para qué?”, pensó Georgina. Por desgracia su diagnóstico ya estaba confirmado.

—No, gracias, mami... —se limitó a decir— ¿Quién era en el teléfono?

—Del diario. Quieren saber si mañana podrás volver al trabajo.

—Diles que mañana sí.

La señora González trató de cumplir el encargo de su hija lo mejor posible, intentando sonar calmada. Pero en su corazón, la desesperación se habría pasado. En los últimos dos meses su pobre niña se había sentido cada día peor.

De haber sido otra muchacha cualquiera, su madre hubiera sospechado de inmediato que estaba embarazada. Pero en el caso de su hija, eso era imposible. ¡Era tan seria la pobrecita! ¡Ni novio tenía! Su única diversión era el trabajo en el diario. ¡Lástima! Porque si continuaba faltando, hasta eso corría peligro. Y si la querían despedir, como el bueno del señor Pavón se había marchado a la

Capital, nadie iba a defenderla. Y es que el sobrino del dueño le había tomado mucho cariño, de las épocas en que ella había sido su secretaria. Pero ahora, sin él en la redacción, ya nada era lo mismo.

Sí, por desgracia Juan Pablo había sido el único en ese lugar capaz de apreciar las virtudes de su hija.

¿Qué sería ahora de Georgina sin él?

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

A través de mis ojos

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite*

<http://www.claravoghan.com.ar/>

Una novela romántica diferente.